

CRISTÓBAL COLÓN DESPUÉS DE MUERTO NOS REVELA TRISTES PASAJES DE SU VIDA



Por: Julio Barreiro Rivas
Escritor

Parte 21

De cómo es entrevistado imaginariamente el Almirante Colón en la arcaica habitación en Valladolid, en donde vivió los últimos días de su vida y entregó su alma a Dios, como está dicho en el reportaje que antecede a este.



Tocan a la puerta, y sin esperar respuesta, entra un fraile bastante entrado en kilos, de estatura pequeña, ataviado con unos mugrientos y rotos hábitos marrones. En sus manos traía una chocolatera de barroca confección, con un humeante y espeso chocolate. Colón se mantiene en silencio mientras el capuchino le sirve una taza completa. El Almirante deja la taza en el piso, puesto que el chocolate está muy caliente, y dice con lenta voz:

- *No me gusta tan caliente* -

Unas hebras de cabello blanco y anémicas le cuelgan sobre el cuello, lleno de arrugas de indefinido color. Sus ojos permanecen entre saltones y llorones, pero inquisitivo, como queriendo contradecir su semblante marcado por la adversidad. Colón deja escuchar un muy profundo suspiro, y dice:

- *Yo no fracasé* - y, luego, una fuerte voz sale de su garganta:

- *¡Quinientos años de silencio, es demasiado peso para mis humildes espaldas!* - saca de la manga un pañuelo y sin soltar el rosario, se restriega para limpiarse una crica que sale de su nariz, producto del intenso frío.

Al hacer estos movimientos, su corpulencia reduce las dimensiones de la habitación, toma un poco de chocolate y alarga la pausa para decir:

- *¡Yo soy otro crucificado como lo fue Jesús!, pero sin su entereza ni su sabiduría, mucho menos sus designios divinos. Yo soy una especie de chivo expiatorio. Yo tuve las debilidades y las vacilaciones de cualquier hombre de mi época. Leí tanto como el Quijote y creí que era posible la perfección de la humanidad. Fui un iluso, un soñador, pero no me arrepiento. Lo que nunca fui ni soy, fue ese genocida que cierta historia, ingenua y sesgada, pregona. Yo no llevé a América las atrocidades, las enfermedades, la esclavitud, las ansias de riqueza fácil, ni la viveza criolla, mucho menos el genocidio, las violaciones, los saqueos y la corrupción. Siendo éstos los males fundamentales que aquejan a Latinoamérica Siempre existirán rapaces como Roldán y Bobadilla, provenientes de tierras Ibéricas y de las partes de Castilla, Aragón, Cataluña, Extremadura y Andalucía. Todos ellos, procedentes de los Bárbaros, antiguos pueblos europeos. ¡Toda esta gente, de palma y castañuelas, al mezclarse con el buen salvaje saldrá una nueva raza de salvajitos criollos, menesterosos, delirantes y follones...!*

Con estas palabras salidas de ultratumba, que parecieran resonar en todo el firmamento, Colón me dice:

- *Pregunte usted lo que quiera, que yo contestaré con la máxima transparencia y veracidad* - y con un gesto de satisfacción, al tiempo que hace un pequeño esfuerzo para tomar la taza de chocolate, Colón dice:

- *Este chocolate, que con tanto cariño me sirven los frailes, lo he traído yo de allá, de donde llaman América* -, Toma uno, dos y tres sorbos, y vuelve a colocar la taza en el suelo, y en seguida me invita con la mirada, como diciendo “diga usted”. Yo me siento un poco tembloroso ante la presencia de aquella majestad, tan respetable e importante para mí. Sin vacilar más, le dije:

- *Termino de escribir varios reportajes acerca de usted y del descubrimiento de América. Como quiera que esa fue una industria solo suya, para terminar con mí relato quisiera saber más de sus razones. Dígame usted, ¿le gustaría que en todos los países del mundo le hiciesen homenajes, colocando a su nombre y a su memoria estatuas y otros monumentos?* -, Colón me replica:

- *¡Ya dicho está!, ¡Yo no quiero que me agradezcan nada!, ¡Lo único que quiero es que el mundo entero se olvide de mí! ¡Ese sería el homenaje que merezco y el más honroso! A Jesús le coronaron el cuerpo con espinas y con una pesada cruz, y a Cristóbal Colón le colocaron en sus piernas, enfermas de artritis, grillos y cadenas. Jesús les redimió de sus pecados y yo les di la otra parte del paraíso*

terrenal que nadie conocía. ¡Cualquier homenaje que el ser humano me hiciera, sería una hipocresía! -

- Señor Colón, la gente tiene una confusión, nadie sabe a ciencia cierta dónde nació usted, quiénes fueron sus padres. Nadie sabe por qué, siendo su industria, el descubrimiento de un nuevo continente elegido por Dios y apoyado por los reyes católicos, las tierras descubiertas no llevan su nombre. Y, finalmente, la gente quiere saber dónde está su sepulcro, si en España, en Santo Domingo, en Cuba o en medio del mar. ¿No será que siendo usted el primer Almirante del Océano Atlántico, ordenó secretamente a sus hijos echar sus restos al mar? -. El Almirante, quien ha escuchado con toda atención mis preguntas, lentamente toma la taza de chocolate y dice:

- Tengo que tomar el chocolate antes de que se enfríe -, acto seguido, toma un pequeño sorbo y comenta:

- ¡Qué sabroso está!, sabe a tierra mojada, a tierra salvaje, a café, a guayaba, a tierra de los páramos andinos, de las Pampas Argentinas y de las selvas amazónicas. ¡En esta parte del mundo europeo, no existen sabores como en mis tierras de ultramar! -, Colón se concentra en la taza de chocolate y con repetidos sorbos, termina de tomarse todo el contenido de la taza, dejándola suavemente en el suelo, para contestarme mi pregunta:

- No importa dónde uno nace, lo que importa es dónde uno luchó por superarse y hacer bien a la humanidad. Yo nací en este mundo que yo mismo terminé de hacer redondo. Según esta teoría, Dios hizo el mundo en un solo día, pero nadie lo conocía en su totalidad, me eligió a mí para hacerlo redondo. Por eso, yo, Cristóbal Colón, formo parte del mundo entero, donde nací. Con respecto a quiénes fueron mis progenitores, yo soy hijo de Dios, engendrado de un hombre y una mujer, que a la vez también son hijos de Dios. A su pregunta de que si mis tierras llevan mi nombre o el de un farsante, eso no debe importar a nadie, puesto que no es relevante; más bien el nombre de América es algo parecido a un sello de la mezquindad del ser humano; un alerta como dice el refrán criollo: “cachicamo trabaja Pá Lapa”. Y en relación a que si mi cuerpo está enterrado aquí o allá, a esto yo le diré: “polvo eres y en polvo te convertirás”. Mi cuerpo forma parte del gran Océano Atlántico y de mi continente americano, o colombiano, como prefieran llamarlo.

DULCES RECUERDOS DE CRISTOBAL, FELIPA Y BEATRIZ



Por Julio Barreiro Rivas

Escritor

Parte 22

FELIPA Y CRISTOBAL COLÓN

El Almirante Colón está molesto al recordar pasajes tristes de su vida, pareciera que de la ira se estuviese revolcando en su tumba. Yo trataré de hacerle algunas preguntas que le alegren su espíritu y que le recuerden pasajes románticos de su vida.



- *Señor Colón, dígame usted, ¿Cómo llegó a Portugal? y ¿Cómo conoció usted a su esposa Felipa? -*, el Almirante se emociona con la pregunta y contesta:

- *Llegué a Portugal nadando en las aguas frías y bravías de las costas portuguesas. Asido de un remo, venía asustado y muy mal trecho; herido, cansado y muerto de frío, proveniente de un naufragio y fueron unos cristianos portugueses*

quienes me auxiliaron. Una vez curado y recuperado, me dirigí a Lisboa. Al poco tiempo conocí a Felipa en una de las tantas iglesias que existen en esa capital -.

- *La gente dice que usted se casó con la portuguesa Felipa sólo por intereses políticos y económicos -.* Se pudo notar en la cara del viejo navegante el desagrado que le ocasionó esta pregunta; sin embargo, me contesta:

- *Felipa era una mujer muy dispuesta, tanto así que todo lo decidía ella. Todos los días me esperaba en el fondo de la iglesia, en una parte oscura que*

estaba fuera del alcance de la vista de los demás feligreses. Fue en aquel sitio tan peculiar en donde Felipa me enamoró, puesto que yo, aparte de no



- *Saber hablar el portugués ni poder hablar en voz alta, por estar en la iglesia, tampoco tenía experiencias con las mujeres, pues tan sólo tenía veinticinco años. Lo cierto es que yo lo menos que pensaba era en casarme. Pero Felipa lo planeó todo ella sola. Me ofreció trabajo y un futuro preemisor al lado de su familia, me pintó a Porto Santo, como un verdadero vergel, un verdadero paraíso, en donde sus abuelos, padres y tíos siempre habían sido los gobernadores de aquella isla. Yo acepté todas las proposiciones que Felipa me hizo, puesto que nada tenía que perder. En aquel entonces, yo solo contaba con una sola maleta llena de mapas y cartas de navegación, y muchos escritos que yo mismo había hecho, en donde se trazaban muchas islas y continentes que solo existían en mi imaginación y sueños de prematuro navegante sin barco. Felipa le ofreció una oportunidad incierta, pero llena de un futuro prometedor-.*

- *Señor Colón; sin embargo, se dice que usted siempre estuvo enamorado de Beatriz -, un profundo suspiro emana desde lo más hondo de su corazón, y*



murmura:

- *Beatriz, la bonita Beatriz, una mujer muy recatada, y de una familia muy honorable, yo me enamoré locamente de ella. En aquellos tiempos, yo atravesaba una etapa muy difícil de mi vida, viviendo con un hijo internado en el convento de La Rábida y solicitando repetidas veces los permisos y la ayuda a los reyes católicos para el descubrimiento del Nuevo Continente. Beatriz fue para mí como un dulce pasaje de mi vida, lo más grato que tuve en toda mi existencia. Lo único que lamentaba era que ella pretendía que en vez de ser un navegante, fuese yo un cultivador de vinos, pero estas*

pretensiones de ella distaban mucho de las mías. Para contestar mejor su pregunta le diré que yo quise mucho a Beatriz y al hijo que ella me dio. Su belleza, su alegría, su olor y sus movimientos me volvían loco; pero mi verdadera locura estaba centrada en el mar. El cual, con su sonido bravío, su olor salvaje y el movimiento misterioso de su oleaje, me perturbaban la mente. Mis pensamientos siempre estuvieron concentrados en descubrir los misteriosos secretos de los lejanos horizontes del mar y del más allá -.

Los ojos del Almirante de los Océanos se tornan pequeños, y a veces pareciera salir de ellos una diminuta lágrima, sin saber si es de alegría o de dolor, que conjugada con su voz entrecortada, pareciera que estuviese inmerso en un profundo llanto, cuando lo cierto es que en el ocaso de su vida, esa es su verdadera personalidad.

El Almirante de los Océanos, Cristóbal Colón, el Descubridor, el hombre que según él mismo dice, fue elegido por Dios, para descubrir el paraíso terrenal perdido, la otra parte del mundo que nadie sabía que existía; el hombre misterioso que nadie sabe de dónde vino ni nadie sabe en donde está enterrado, de momento, para nuestra imaginación, estaba allí en una humilde habitación de una vieja casa de Valladolid, sometido a la más profunda tristeza, abandonado por todos aquellos que algún día lo vieron triunfar, acusado de genocidio, ladrón, violador y hechicero; traicionado por aquellos en quienes una vez había confiado. Y justamente a este respecto le pregunto:

- Dígame usted señor Colón, ¿Quién lo traicionó? Se dice que pudo haber sido Roldán o, tal vez Bobadilla, quizá Alonso de Ojeda o Américo Vespucio, pero lo cierto es que éstos hombres siempre actuaron en su contra-. A todo esto, el Almirante me responde, después de sacar un viejo pañuelo y pasarlo por su aguileña nariz y por sus azules ojos que tantas tristezas reflejan:

- ¡Yo, poco daño pude hacer, puesto que mi estadía en las tierras de ultramar fue muy breve, apenas estuve allí durante doce años! -.



FRANCISCO ROLDÁN



CRISTÓBAL COLÓN



FRANCISCO BOBADILLA

CRISTÓBAL COLÓN, UN ÍCONO DE LA HUMANIDAD

Por: Julio Barreiro Rivas

Escritor

Parte 23

El escritor de este reportaje pregunta a Cristóbal Colón:

- *Sr. Colón, sería usted tan amable de explicarme, para hacérselo saber a la gente que tanta curiosidad tiene al respecto, ¿quién lo traicionó en su odisea del descubrimiento? -, y el Almirante me contesta:*
- *No sería ético de mi parte inculpar a nadie y menos, ponerle nombre a ese alguien, creo que lo correcto es que me defienda de tantas acusaciones falsas hechas por mis enemigos. Yo poco daño pude hacer, puesto que mi estadía en las tierras de ultramar fue muy poco tiempo. Apenas un total de doce años, de los cuales, la mitad se me fue en organizar y convencer a mucha gente de lo que se podía hacer, pero un hombre solo no puede comandar a todo un continente. Lo cierto es que a mi se me fue de las manos y de mi capacidad organizativa el control de tantos inadaptados que vinieron en mi segundo viaje. La mayor parte delincuentes de baja calaña. Roldán y Bobadilla sólo cumplieron órdenes. A mi se me acusó de tener un poder divino, sólo por el hecho de dominar una rebelión que se me hizo en Jamaica en mi cuarto y último viaje, cuando naufragaron las embarcaciones que utilicé en el descubrimiento*

de Panamá. En aquella oportunidad, para calmar los alzados, les anuncié que Dios mandaría a tapar la luna si no obedecían mis órdenes. Como quiera que la luna se eclipsó a la hora exacta que yo había anunciado, creyeron que había sido yo el de ese gran poder, cuando lo cierto era que yo, por mis estudios astrales, sabía que la luna se eclipsaría a esa hora justa. La otra coincidencia fue cuando se hundieron los treinta y dos navíos en donde los dos rufianes, Roldán y Bobadilla, viajaban para España, junto con otros muchos conspiradores. Yo les advertí de la presencia de una tormenta y les dije que pospusieran el viaje, por lo menos durante ocho días. Ellos se burlaron de mis advertencias, tildándome de brujo, adivino y loco. Lo cierto fue que al día siguiente, el mar se tragó treinta y dos navíos sin dejar rastros de su existencia. Lo cierto de todo esto era que yo, desde que llegué por primera vez a las islas caribeñas y, como es obligación de todo navegante, me dediqué a preguntar a los nativos cómo eran las características y movimientos climáticos. A esto, los indígenas me contaron que en cierto tiempo las aguas y los vientos se embravecían y llevaban todo lo que encontraban a su paso. Fue así como yo, en el corto tiempo que llevaba explorando estos mares caribeños, conocí que los ciclones y huracanes convierten a estos mares en un infierno en ciertas épocas del año, siendo este fenómeno natural anunciado por las aves marinas y ciertos peces. Yo advertí la presencia de la tempestad y quise evitar el naufragio, en donde perecieron mis principales enemigos. Este hecho se revertió en mi contra, puesto que muchos escritores ignorantes aseguran que fue una venganza mía con la ayuda de Dios-. Al terminar estas palabras, Cristóbal Colón se sumerge, durante un breve tiempo, en sus pensamientos, y de pronto dice:

- *¡Fue una lástima que ese que llaman “el buen salvaje”, con cara de “yo no fui”, se haya transformado en un pillo y en un sinvergüenza, al mezclarse con la sangre europea! Históricamente hablando, a mi se me quiere inculpar de cosas que no tienen nada de lógica. Es cierto que yo soy el descubridor del Nuevo Mundo. Fui yo, quien, conjuntamente con un grupo de hombres, somos los pioneros y primeros emigrantes a estas tierras, pero todas las atrocidades que sucedieron en el continente americano: saqueos, violaciones, genocidios, es totalmente ilógico tratar de culparme a mí de ello. Más aún, a sabiendas de que Cristóbal Colón nunca puso sus pies en el continente americano, sólo se limitó a las islas*

de las antillas caribeñas. Lo mismo así, es ilógico tratar de culpar a toda España de todo lo malo que pudo pasar en los tiempos de la conquista. Escrito está, el reinado de Castilla y Aragón establecieron el comercio con la India, en Cádiz y Sevilla y, utilizaron para la conquista, a gente de estas regiones, siendo la mayor parte de Andalucía, Cataluña, Castilla y Extremadura; las regiones norteñas: Galicia, Asturias y Países Vascos, no participaron en las primeras conquistas, sólo un porcentaje de apenas un 5% eran de estas regiones. Por este motivo, las atrocidades cometidas no son de la responsabilidad de ninguna región norteña-.

Con este argumento que hace el espíritu del Navegante, quiere decir que cuando un latinoamericano dice: “yo soy de descendencia española”, tiene que especificar de qué parte de España es, puesto que no es lo mismo decir que es de tierras norteñas (gallegas, vascas y asturianas) que decir que es de Levante, tierra de “Palmas y Castañuelas”.

El Viejo marinero se queda en un misterioso y total silencio, como queriendo decirme: “Ya me alivié de la carga que pesaba sobre mis hombros, al contar toda mi historia”. De repente, Colón hace en el aire una gran señal de la Cruz, al tiempo que dice:

- *Dios los perdone. El reino de Castilla y Aragón, con el temor de que yo algún día me convirtiera en un ícono y permaneciera en la memoria colectiva de la humanidad, por los siglos de los siglos; o en el caso de que todo fuese un fracaso, que todos los componentes de mi primer viaje se hubiesen embarcado en una aventura sin retorno, en cualquiera de los dos casos, les sería muy conveniente crear un personaje delirante, soñador y loco. Fue así como a mi se me creó un nombre, una nacionalidad y un ser que nunca existió, Cristóbal Colón, tratando de formar una confusión futura. En el caso de que todo resultara un éxito o en el caso de un fracaso, nadie se preocuparía por el naufragio de tres carabelas que salieron por su cuenta al mando de un aventurero loco, llamado Colón y acompañado con unos cuantos marineros ambiciosos y aventureros de Galicia.*
-

EPÍLOGO DE LA VIDA DE CRISTÓBAL COLÓN

Por Julio Barreiro

Escritor

Parte 24

- Señor Don Cristóbal Colón, Almirante de los Océanos, Gobernador de las Américas, para hacer un epílogo acerca de su industria, permítame manifestarle una última aseveración: cotidianamente se escucha en la América del Sur, Central y del Caribe, lamentaciones acerca de que usted es el culpable de todo lo malo que trajo a estas tierras consecuencia de la colonización española, llegándose a los extremos de que altos funcionarios soberanos, vociferan en su contra y, a veces, destruyen sus monumentos en venganza, arrastrándolos por los suelos, como queriendo decir “así arrastraríamos a los españoles que trajeron a esta tierra tantos males y tantas malas costumbres-. A esta afirmación mía tan comprometedora, Colón responde:



ESTATUA DE CRISTÓBAL COLÓN. DESTRUÍDA EN CARACAS

- Yo no traje el crisol que fundó el mestizaje criollo, tampoco traje las semillas revueltas que germinó en América Latina. Yo solo fui un humilde navegante que el destino quiso que fuese el descubridor. Según mis primeras impresiones, estas tierras y su gente nativa, son tierra y gente de gracia. Lo mismo así, son gente de gracia y nobles los africanos que llegaron más tarde. No siendo tan agraciada ni tan noble la gente que llegó de España, que al mezclarse estas tres razas, salió un menjurje, lo cual asemeja a un gran sembradío con diversas especies de semillas, en cuyo fruto proliferará la cizaña, hierba mala, como suele llamarse en el argot

campesino. Catires y más catires, blancos y más blancos, negros y más negros, patarucos, zambos, mestizos, mulatos y brinco atrás y más atrás. Todo esto en un mundo en donde se disemina la envidia, el resentimiento, el sentirse inferior y superior, las xenofobias y el racismo, el querer ser sin ser y el ser sin querer. La corrupción y el enriquecimiento prematuro y fácil, la codicia y el mesianismo. Todos estos males del ser humano siempre estarán presente en Latinoamérica. Este estado de cosas reinará por varios siglos, mientras existan las diferentes culturas arraigadas en el ambiente latino. Al paso de uno o más milenios, América Latina, se transformará en una sola cultura, solo así dejarán de ser latinoamericanos y criollos. Mientras todo esto no pase, América Latina, seguirá siendo América Latina, el tercer mundo, una tierra de emigrantes. Muchos hombres y mujeres sin patria. Los españoles que nunca tuvieron la dicha de venir a Latinoamérica, sienten repugnancia por los latinoamericanos y los denigran llamándolos “indios” y a sus hijos, “sudacas”. Sólo les interesa de América el dinero que siempre llevaron los Emigrantes. Es normal escuchar a un español decir que los latinoamericanos son “una cuerda de pide sopas, de ganapanes y garceros”, cuando lo cierto es que el 80% de los latinoamericanos o son emigrantes españoles o descendientes, por lo tanto, estos dichos les auto rebotan. El emigrante no tiene pasado, presente ni futuro, tiene dos patrias, una biológica y una adoptiva. Su presencia siempre será intrusa, sus huellas en el tiempo serán borradas. Es inútil volver sobre lo pasado, sobre lo que ha sido y ya no lo es, lo que fueron nuestras querencias y ya no lo son. Nuestros derechos ya no existen, ni en el pasado, ni en el tiempo, nada de nuestro pasado nos puede ser redimido. Sin embargo, el mejor profeta del futuro es el pasado y debemos tomarlo como una lámpara y colocarla a la entrada del presente y porvenir, para alumbrar el día de mañana con el de hoy. Nadie podrá borrar de nuestra mente, nuestros recuerdos. Utilicemos las experiencias del pasado como un trampolín al futuro y no como un cómodo sofá. Este nuevo mundo que encontramos a este lado del mar, está lleno de sorpresas, donde satisfacción y decepción se conjugan y se reparten por igual, pero esta historia está por venir-

En una nueva entrega, describiré con lujo de detalles toda mi vida en América, a la par que hablaré de mis vivencias compartidas con miles de colegas.

Pintaré un fresco del país que encontré y en el cual me tocó luchar y sobreponerme. A mi parecer, América tiene para España un gran valor histórico, conjuntamente con todos los países de Latinoamérica, porque de todo este territorio, su gente, sus orígenes, sus costumbres e instituciones, resulta una historia viva muy conmovedora, original y extraña, rescatada por un cronista de primera mano, cinco siglos de historia del segundo milenio y cincuenta años de vivencias durante el siglo XX, en los que el autor se integró, compartiendo la idiosincrasia y el natural desarrollo de transformación en este gran crisol, en donde se fundió lo más original e insólito de la raza humana existente en el universo.

Yo considero que todos los hombres que vinimos a este mundo de humanos carecemos de un valor propio. Si conseguimos algún valor significativo, es porque hemos sido pintados por un pintor famoso o escritos por un escritor de mucha relevancia, de lo contrario, cada uno por sí solo es un ser irrelevante, más aun si nuestra procedencia carece de pedigrí. Si no eres originario de esta tierra, si eres hijo, nieto o bisnieto de un inmigrante, eres una metamorfosis criolla. En ese caso, tu cerebro, es como un coliflor, un paquete de ideas arrugadas que llevas en la cabeza.

Para el mundo del latinoamericano, sería de mucha felicidad que no existieran las fronteras (ideas de Simón Bolívar), se podría jugar un partido de fútbol sin árbitros, pero mientras esto no pase, cada hombre se encontrará más solo entre sus hermanos, puesto que cuanto más se dividen los cerebros, más se retuercen y por ende, más retorcidas son las ideas.

Un inmigrante no es otra cosa que un campesino, un hacedor de pueblos, un sembrador de un país. Muchos inmigrantes procedentes de muchos países se transforman en inmigrantes y la metamorfosis los convierte en pacíficos vecinos, pero sus cerebros arrugados los acompaña, conjuntamente con sus penurias y resentimientos sociales y lo que sale de esa mezcolanza es dinamita pura, cuya única misión es la explosión, semejante a una chicharra llanera que explota con la ira.

Si trasladamos esta opinión al mundo entero, y en especial a América Latina y ponemos a funcionar nuestra imaginación, sabremos el mundo que tenemos. Este es el motivo por el cual el hombre sabio, cada que día pasa, descubre que está más solo y prefiere la compañía de un perro que sólo sabe recibir y dar cariño, nada pregunta y nada reprocha. La verdad está en la inmensidad del mar, que nunca es ni joven ni viejo, es virgen y puro, nadie puede dominarlo y cuando el hombre sabio se le acerca, lo recibe con miles de gaviotas blancas que asemejan pañuelos ondeantes que le dan la bienvenida.

Si quiere ver más de este autor, haga clic aquí. www.farandulo.net

